

SIR LAWRENCE DE ARABIA: VIDA Y MITO

Bárbara Amunátegui

Es difícil encontrar un personaje que, como Lawrence, sea tan real y ficticio al mismo tiempo. La leyenda se confunde con la realidad (responsabilidad de él mismo, sin duda) y uno termina por aceptar que en esa dualidad reside gran parte de su atractivo. Gracias al encuentro sincrónico de una biografía insólita y de una película que, 30 años después de haber sido filmada sigue siendo de una actualidad aterradora, aparece la figura de este héroe moderno, que en camello o motocicleta, encarna los ideales del individualismo a ultranza puestos al servicio de una causa social irrefutable.

Una visión cuádruple

El mito y el hombre se pueden intentar observar desde estas perspectivas:

- Lawrence en su motocicleta, camino a la muerte. *Fade out*. Lawrence luchando en el desierto, inmortal.
- David Lean persiguiendo obsesivamente a su personaje-héroe, durante cuatro horas de celuloide y miles de horas reales, para acabar donde comenzó: en el misterio y la paradoja de un sobreviviente excepcional.
- Robert Graves, fascinado por esta "personalidad de complejidad exasperante", escribiendo la biografía de Lawrence con su anuencia y confianza.
- Lawrence, el inasible, escribiendo obsesivamente *Los siete pilares de la sabiduría*, como forma de exorcizar lo no dicho y alejarse de lo heroico.

La ficción

David Lean, director inglés recientemente fallecido, tiene una filmografía donde destacan películas de factura inti-mista (*Breve encuentro*, 1945; *Amigos apasionados*, 1948) y las grandes superproducciones (*El puente sobre el río Kwai*, 1957; *Lawrence de Arabia*, 1962; *El doctor Zhivago*, 1966; *Pasaje a la India*, 1984).

El corte psicológico y la economía de medios de sus primeras obras estaban al servicio del interés por los conflictos humanos, miserias y grandezas de personajes cotidianos, donde el énfasis está puesto en situaciones que confrontan al hombre desde un ángulo ético: cómo actuar de modo que mi acción no sólo no destruya a otros, sino que además no rompa con un orden moral establecido. No se trata de un punto de vista moralista formal, más bien de códigos éticos y estéticos.

Tanto *Breve encuentro* como *Los amigos apasionados* enfrentan este dilema desde la perspectiva del adulterio y la arrogancia, respectivamente. En el primer caso, es la historia de una mujer casada que se enamora, sin buscarlo, de otro hombre, y la serie de malentendidos que le impiden cometer el adulterio. Hay ahí un elemento de destino y fatalidad, mezclado con la dolorosa y libre decisión de no transformar una intensidad pasajera en una situación irreversible.

En el segundo caso, es una mujer que ha renunciado al gran amor por el afecto seguro, y que cuando decide rectificar, ya es demasiado tarde. Aquí, el conflicto ético está en romper o no la otra relación, con un resultado incierto y, quizá, una victoria pírrica.

Estos antecedentes muestran que cuando Lean, 25 años más tarde, elige a Lawrence, no se ha alejado de su preocupación central por el comportamiento humano sometido a experiencias límites. Los grandes escenarios, las batallas sangrientas, la estética visual imponente, no hacen más que reafirmar ese retrato anclado en las contradicciones éticas de un ser humano extraordinario y extraordinariamente complejo y contradictorio.

Se le ha criticado a Lean este gusto por lo épico y su falta de economía fílmica. Pero, por lo que a Lawrence se refiere, no podría haber sido de otra manera. La figura de este hombre sólo se podía enmarcar en la rebelión árabe y su búsqueda de independencia y autodeterminación. Había que buscar una fórmula para mostrar el conflicto interno de "El-orenz", de ayudar y apoyar la independencia árabe de otomanos y europeos, sin traicionar su procedencia inglesa.

La película de Lean logra transmitir este desgarramiento por medio de una épica deslumbrante, apoyada en una fotografía impecable y una música grandiosa. Las secuencias del desierto, los intercambios verbales entre Lawrence, los árabes y los ingleses, su cada vez mayor compromiso con los beduinos, dan cuenta de la guerra externa tanto como de la interna.

No cabe duda de que este filme es la obra maestra del director inglés. Desde el inicio, la propuesta es aceptar el enigma Lawrence. Comienza con su muerte, absurda por oposición a los peligros que correrá durante cuatro horas de película y cuatro años de su vida, y sigue con los testimonios de quienes lo desconocieron. El desacuerdo de visiones está en el interés de Lean por mostrar que es justamente esa pluralidad lo que caracteriza a su personaje.

Desde los anteojos de extraterrestre colgando del árbol, las escenas de El Cairo como dibujante de mapas, hasta las batallas en el desierto, pasando por la tortura en manos de los turcos, por su transformación megalomaniaca de héroe silencioso en glamoroso revolucionario, hacen de este Lawrence -visto por Lean- un sujeto ...de película. Esta faceta no responde sólo a la visión asumida-mente parcial del director. Es una de las caras del personaje. Hay una clara intención, por parte de Lean, de privilegiar la leyenda como metáfora de las contradicciones fundamentales del sujeto Lawrence.

La película *Lawrence de Arabia* se estrena en 1962, en la versión completa de 222 minutos más la música adicional. En enero de 1963 se le cortan 20 minutos, y en 1970 otros 15, dejando la versión que se conoció

durante casi 20 años en 187 minutos. La razón de estos cortes no es clara. Es posible que se le haya considerado excesivamente larga y las supresiones están en el terreno de lo discursivo y lo subjetivo.

Afortunadamente, en 1986 se abre la propuesta, a través del productor Robert Harris (el mismo que había estado a cargo de la restauración y lanzamiento del *Napoleón* de Abel Gance) de reconstruir la versión original. Baste con decir que el trabajo de reconstrucción duró dos años y que participaron en él numerosas personas, incluidas el propio director.

Sin embargo, aquí termina una parte de la historia y comienza otra.

La realidad (o una de tantas)

Cuando uno termina de ver la extraordinaria versión original (disponible en vi-deocasete) surge la imperiosa necesidad de saber más acerca de Lawrence. Y entonces aparece Robert Graves (ensayista, poeta, crítico, historiador) con una excelente y peculiar biografía del personaje, escrita en 1927, en vida de Lawrence y además autorizada por él.

Escribe Graves en la introducción: "Los editores me invitaron a escribir un libro sobre Lawrence a principios de este mes de junio. Repuse que lo haría sólo con el beneplácito de Lawrence. Shaw, como debo llamarle, por haber adoptado tal apellido y descartado de manera definitiva el de "Lawrence", telegrafió su autorización desde la India, y luego me envió una carta en que me proporcionaba una lista de fuentes y manifestaba que, si se había de publicar un libro sobre él, prefería que yo me encargara de su redacción. Creía que yo podría presentar hechos tan exactos, que desanimarían la aparición de obras no autorizadas, y que podría confiar en mí cuando se tratara de someterle a críticas sin tener en cuenta su negra honrilla. Y alimentó la esperanza de que el libro agotaría el interés público antes de que él abandonara la Roy al Air Force y se reincorporara a la vida civil".

Cuenta el biógrafo que T. E. Shaw, hombre austero, reservado y silencioso, nace en 1888 en Gales, descendiente de antepasados irlandeses, hébridos, españoles y escandinavos. Es muy posible que haya sido esta configuración amplia la que le ha permitido no sólo adaptarse sino incorporarse a otras comunidades, aprender sus lenguas y compenetrarse con ellas. Creció en un medio familiar masculino, donde la madre, misionera ocasional en China, afirmaba que en su casa no habrían soportado la presencia de hijas mujeres. Esto tal vez explique el mundo de Lawrence desprovisto del elemento femenino, situación que lo acompañó siempre. Durante su adolescencia vivió en Escocia, Inglaterra y Francia, donde estudió con los jesuitas, pese a no ser católico. Luego asistió a la City of Oxford School, en Oxford, donde comenzó a desarrollar su afición por la arqueología, presentándose en los lugares donde había excavaciones o se derribaban casas.

A los 13 años recorrió solo el país en una bicicleta, buscando material para un estudio sobre las armaduras de la Edad Media. Se interesó por las aguas subterráneas de Oxford y se hizo experto en mapas. Viajó ocho veces por Francia, durante las vacaciones, recorriendo castillos y catedrales.

Lector voraz y sistemático de varios idiomas, en seis años leyó prácticamente los 50 mil volúmenes de la biblioteca de la Oxford Union. Estudió largamente sobre escultura y arte medieval y, todavía en la escuela, comenzó a reflexionar acerca de la revuelta de los árabes en contra de los turcos, situación central en su vida (y en el filme de Lean).

Ya en la universidad (Jesús College) obtuvo una beca, se inscribió en Historia y se dedicó, realmente, a la poesía pro-venzal y los cantares de gesta. Sólo vivió un semestre dentro del College. Después pudo quedarse en su casa, leer de noche, dormir de día. No fumaba, no tomaba, era vegetariano. Leía según sus propios intereses, visitaba a su tutor entre las 12 y las cuatro de la madrugada y le interesaba particularmente analizar los caracteres humanos.

En 1909, con el fin de completar sus conocimientos para la tesis final sobre "La influencia de las cruzadas en la arquitectura medieval de Europa", partió rumbo a Siria, en un viaje que duró cuatro meses. Recorrió con su cámara fotográfica desde Haifa hasta el norte de Mesopotamia, pasando por los montes de Tauro y Urfá, por el Eufrates. Allí tuvo violentos ataques de fiebre, que nunca mencionaba, pues había tenido malaria a los 16 años y fiebre de Malta a los 18, además de disentería, tifus, orina negra, viruela y otros males.

Durante su viaje fue acogido por sirios pobres, siempre hospitalarios con otros pobres, que lo familiarizaron con los dialectos árabes. Aprendió a distinguir los acentos de las distintas tribus y su ubicación geográfica.

Ya de vuelta en Oxford, su tesis en Historia es calificada con honores de primera clase.

Camino a la leyenda

Pero el desierto había conquistado a Lawrence. Allí comenzó a apreciar el mundo sin lujos, sin pertenencias innecesarias, sin olores perfumados, del beduino y su independencia individual, conquistada en el enfrentamiento con el hambre y la muerte. Esta atracción marca una de las contradicciones permanentes en él, entre lo esencial de un mundo austero y maniqueo, y las sofisticaciones inherentes a su pertenencia europea, culta y ecuaníme.

El Magdalen College le otorga una beca de viaje por cuatro años y en 1910 parte a Karkemish (Siria) como miembro de la expedición del British Museum, encargada de las excavaciones en esa capital hitita destruida, en las orillas del Eufrates.

De ahí en adelante los trabajos excavatorios se suceden en gran cantidad y Lawrence adquiere reputación como arqueólogo. Permanece allí hasta 1914 y de esta época surgen las anécdotas que ya perfilan al héroe del desierto.

En los periodos de descanso obligatorio Lawrence no volvía a Inglaterra. Se dedicó a viajar por Siria y el Cercano Oriente, estudiando el idioma, conociendo su cultura y entrando en contacto con miembros de diferentes sociedades que promovían la independencia árabe.

Por el momento le interesaba escribir una historia de las cruzadas, pero lo que escribió fue un libro de viajes, *Los siete pilares de la sabiduría*, acerca de siete ciudades representativas del Cercano Oriente -El Cairo, Esmirna, Constanti-nopla, Beirut, Alepo, Damasco y Medina- y cuyo manuscrito destruyó más adelante.

En 1913 es enviado a la Península del Sinaí, desierto ubicado entre Palestina y Egipto, donde conoció al capitán New-combe, geógrafo, con quien se encontrará más adelante en las campañas del desierto. En ese entonces conoció mucho de los lugares que más adelante serían de importancia crucial en la guerra de liberación: Petra, Maan y Aqaba, donde tomó notas que, de hecho, fueron prefigurando su odisea posterior, pues estos trabajos arqueológicos encubrían fines militares destinados a ser utilizados por Newcombe en la guerra de independencia árabe. Lawrence no estaba al tanto de esta información y sólo se enteró a su regreso a Inglaterra.

Un personaje incómodo

Ahora bien, ¿quién es y cómo es Lawrence? "Un cómico", "un sujeto pequeño con la cara encarnada de carnicero", "un hombrecillo vulgar", "semblante y figura de bailarina circaciana", "modales muy tranquilos, reposados y una hermosa cabeza en un cuerpo insignificante". Nuevamente, las interpretaciones. Es bajo (un metro 64 centímetros), de cuerpo largo y piernas cortas. Su cabeza es grande, cutis claro, ojos azules en constante movimiento y que nunca miran a la cara del otro. La parte superior de su cara es amable, la inferior es severa. Las manos y los pies son pequeños, y es fuerte. Puede permanecer inmóvil durante largo tiempo y sólo sonríe, nunca se ríe. Se transforma para pasar inadvertido, se hace torpe y vulgar como autodefensa.

Los excesos le parecen eso, excesivos e innecesarios y por eso come poco, no toma, ayuna con frecuencia para aumentar la percepción y trata de dormir irregularmente para hacer funcionar mejor el cerebro.

Su relación con el dinero es prescindente y circunstancial. No le gustan ni los niños, ni los camellos ni los perros, solamente uno que otro niño, camello o perro. Tampoco cree mucho en la "hermandad universal" y lo que lo mueve es un ilimitado sentido de la independencia personal y de la perfección imposible.

Se ha hablado mucho de su "amor por la publicidad", pero es más bien la permanente necesidad que tiene de reconocerse en la mirada de los otros. No cree en su propia leyenda, no se considera un héroe porque no cree en los héroes y si "posa" para los artistas es porque hubiera querido ser uno de ellos. Hizo escultura, orfebrería, poemas, pero nunca se sintió un artista.

Entre sus "defectos" está el de ser un romántico incurable, seguidor incansable de luchas perdidas y desdichas profundas. Aventurero de la aventura, tuvo la desgracia de ser romántico triunfador. Se cuenta que en 1919, estando con cierto monarca europeo, éste le dijo: "Es una mala época para nosotros los reyes. Ayer se proclamaron cinco nuevas repúblicas", a lo que Lawrence respondió: "¡Animo, Majestad! Acabo de establecer tres reinos en Oriente".

Que es un personaje incómodo, lo atestiguan funcionarios públicos, militares de carrera, políticos convencionales, así como aquellos que sospechan que trabajar de mecánico en la fuerza aérea (después de las proezas del desierto) fue seguramente una cobertura para la preparación de otra hazaña.

Si algo más se le pudiera criticar sería su personalidad caleidoscópica, reflejada en la cantidad de amigos (nunca cercanos) que tenía diseminados por el mundo. A cada uno de ellos le mostró sólo algo de sí, un fragmento. Ha creado, por tanto, innumerables Lawrences, que lo preservaron de ser conocido y absorbido como totalidad, por nadie.

No cabe duda acerca de la importancia de este personaje en la historia contemporánea y no deja de ser curioso que la traducción al español del libro de Robert Graves aparezca sólo en 1991, recién finalizada la Guerra del Pérsico. Lawrence nunca pudo superar su sentimiento de profunda culpa por la forma en que se llevó a cabo la guerra de independencia árabe y, particularmente, por su falta de decisión y claridad, sirviendo a dos señores al mismo tiempo. Pero además tampoco tenía mucha fe en que el arreglo durase.

No se equivocó.

La autora es licenciada de la Facultad de Filosofía de la UNAM y especialista en lenguaje cinematográfico.

Material de referencia

- Lawrence y los árabes*, por Robert Graves, Seix Barral, Biblioteca Breve, Barcelona, junio 1991.
The Film Handbook, por Geoff An-drew, G. K. Hall & Co. Boston, 1989.
Dictionnaire du Cinema, por Jean Tulard, Robert Laffont, París, 1982.
Film Comment, sept.-oct. 1991, vol. 27, número 5, pp. 13-16.
Dicine, número 37, pp. 4-6, y número 40, pp. 2-5.